

de sus convidados con una mueca fija, procurando conservar un aire decente y hospitalario. Su ancha cara, que se había puesto encarnada y azul, casi morada, y de aspecto terrible, se asociaba al movimiento general con esfuerzos parecidos á los cabeceos y bandazos de un barco.

—¿Los habéis asesinado?—le preguntó Emilio.

—Dícese que la pena de muerte se va á abolir en favor de la revolución de Julio,—contestó Taillefer que enarcó las cejas con cierto aire lleno á la vez de malicia y de estupidez.

—Pero, ¿no los ve usted alguna vez en sueños?—preguntó Rafael.

—¡Hay prescripción!—dijo el asesino lleno de oro.

—Y en su tumba—añadió Emilio con tono sardónico—el contratista del cementerio grabará: “¡Transeuntes, derramad una lágrima á su memoria!” ¡Oh! De buena gana daría cien sueldos al matemático que me demostrara con una ecuación algebraica la existencia del infierno.

Y echó una moneda al aire, gritando:

—¡Cara por Dios!

—No la mire usted,—dijo Rafael cogiendo la moneda.—¿Quién sabe? El azar es tan extravagante.....

—¡Ah!—repuso Emilio con acento tristemente burlesco,—no veo dónde poner los pies entre la geometría del incrédulo y el “Pater noster” del papa. ¡Bah! ¡Bebamos” “Trino” es, según creo, el oráculo de la divina botella y sirve de conclusión al Pantagruel.

—Al “Pater noster” le debemos—respondió Rafael—nuestras artes, nuestros monumentos y quizás nuestras ciencias, y, beneficio mucho mayor, nuestros go-

biernos modernos, en los cuales una sociedad vasta y fecunda está maravillosamente representada por quinientas inteligencias, cuyas fuerzas opuestas entre sí se neutralizan dejando amplio poder á la “civilización”, reina gigantesca que reemplaza al rey, esa antigua y terrible figura, especie de falso hado interpuesto por el hombre entre el cielo y él. En presencia de tantas obras realizadas, el ateísmo aparece como un esqueleto que no engendra. ¿Qué te parece?

—Pienso en las oleadas de sangre derramadas por el catolicismo,—dijo friamente Emilio.—Ha cogido nuestras venas y nuestros corazones para hacer un remedo del diluvio. Pero ¡no importa! Todo hombre pensador debe marchar bajo la bandera de Jesucristo. El solo ha consagrado el triunfo del espíritu sobre la materia, él solo nos ha revelado poéticamente el mundo intermedio que nos separa de Dios.

—¿Lo crees así?—preguntó Rafael con indefinible sonrisa de embriaguez.—Pues bien, para no comprometernos, pronunciamos el famoso brindis: “¡Dios ignotis!”

Y vaciaron sus cálices de ciencia, de gas carbónico, de perfumes, de poesía y de incredulidad.

—Si los señores gustan pasar al salón, el café está servido,—dijo el maestresala.

En aquel momento casi todos los comensales se revolcaban en el seno de esos limbos deliciosos en que se apagan las luces del espíritu, en que el cuerpo, libre de su tirano, se entrega á los goces delirantes de la libertad. Unos, llegados al apogeo de la embriaguez, se quedaban cabizbajos y trabajosamente ocupados en atrapar un pensamiento que les atestiguara su propia

existencia; otros, sumidos en el marasmo producido por una digestión abrumadora, negaban el movimiento. Algunos oradores intrépidos pronunciaban aún palabras vagas cuyo sentido ni ellos mismos comprendían. Resonaban varios estribillos como el ruido de una mecánica obligada á llevar á cabo su vida ficticia y sin alma. El silencio y el tumulto formaban un extraño maridaje. Sin embargo, al oír la voz sonora del criado que, á falta de su amo, los anunciaba nuevos gozos, los comensales se levantaron, arrastrados, sostenidos ó llevados unos por otros. Todos se quedaron un rato, inmóviles y agradablemente sorprendidos, en el umbral de la puerta. Los placeres excesivos del festín palidecieron ante el halagüeño espectáculo que el anfiteatro ofrecía al más voluptuoso de sus sentidos. Bajo las centelleantes bujías de una araña de oro, alrededor de una mesa llena de vajilla de plata sobredorada, un grupo de mujeres se presentó de pronto á los comensales atontados, cuyos ojos se encendieron como otros tantos diamantes. Ricas eran las galas, pero lo eran mucho más aquellas beldades ante las cuales desaparecían todas las maravillas de aquel palacio. Los ojos apasionados de aquellas mujeres, prestigiosas como hadas, tenían aún más vivacidad que los torrentes de luz que hacían resplandecer los reflejos arrasados de los tapices, la blancura de los mármoles y los contornos delicados de los broncees. El corazón se abrasaba viendo los contrastes de sus tocados agitados y de sus actitudes, todas de diferente carácter y atractivos. Era un cesto de flores mezcladas de rubíes, de zafiros y de coral, un cenidor de collares negros en torno de niveos cuellos, leves bandas que flotaban co-

mo los destellos de un faro, turbantes orgullosos, túnicas modestamente provocativas. . . . Aquel serrallo ofrecía seducciones para todos los ojos, voluptuosidades para todos los caprichos. Una bailarina, que había adoptado una actitud encantadora, parecía no llevar velo bajo los pliegues ondulantes de su chal. Allí una gasa diáfana, aquí la atornasolada seda, ocultaban ó revelaban perfecciones misteriosas. Unos diminutos picecitos hablaban de amor; unas bocas frescas y encarnadas guardaban silencio. Delicadas y decentes jovencitas, vírgenes ficticias cuyas bonitas cabelleras respiraban religiosa inocencia, se ofrecían á las miradas como apariciones que un soplo podía disipar. Luego beldades aristocráticas, de arrogante mirada, pero indolentes, endebles, delgadas y graciosas, inclinaban la cabeza como si aun pudieran ser objeto de alguna regia protección. Una inglesa, blanca y casta figura aérea, descendida de las nubes de Osán, parecía un ángel de melancolía, un remordimiento huviendo del crimen. La parisiense, cuya belleza en conjunto estribaba en una gracia indescriptible, envanecida de su traje y de su ingenio, armada de su omnipotente debilidad, flexible y dura, sirena sin corazón ni pasión, pero que sabe crear artificiosamente los tesoros de la pasión y falsificar los acentos del corazón, no faltaba en aquella peligrosa asamblea, en la que también brillaban italianas tranquilas en la apariencia y concienzudas en su felicidad, normandas de formas magníficas, ninjeros meridionales de cabellos negros y ojos rasgados. Hubiérase dicho al verlas que eran bellezas de Versalles convocadas por Lebel, que desde la mañana hubieran armado todos sus lazos y que llega-

ban como una banda de esclavas orientales despertadas por la voz del mercader para emprender la marcha al rayar la aurora. Estaban como cortadas, vergonzosas, y se aglomeraban en torno de la mesa como abejas que zumban dentro de una colmena. Aquel embarazo tímido, reproche y coquetería á la vez, era, ó alguna seducción calculada, ó pudor involuntario. Quizás cierto sentimiento de que la mujer no se desprende jamás les ordenaba envolverse en el manto de la virtud para dar más encanto y mayor incentivo á las prodigalidades del vicio. La conspiración urdida por el viejo Taillefer, pareció por esto á punto de fracasar. Aquellos hombres desenfrenados sintiéronse subyugados al pronto por la majestuosa potencia de que está investida la mujer. Un murmullo de admiración resonó como la más dulce música. El amor no había navegado de conserva con la embriaguez: en lugar de un huracán de pasiones, los comensales, sorprendidos en un momento de debilidad, se entregaron á las delicias de un éxtasis voluptuoso. Los artistas, á la voz de la poesía que siempre predomina en ellos, estudiaron con fruición los delicados matices que distinguían á aquellas beldades selectas. Un filósofo, despertado por una idea proveniente tal vez de alguna emanación de ácido carbónico desprendida del vino de Champagne, se condeñó pensando en las desventuras causantes de la presencia allí de aquellas mujeres, quizás dignas algún tiempo antes de los más puros respetos: probablemente cada una había sido actora de un drama sangriento. Casi todas llevaban consigo infernales torturas, y arrastraban en pos hombres sin fe, promesas burladas, alegrías pagadas con la miseria. Los comensales se acercaron á ellas cor-

tesmente y entablaron conversaciones tan variadas como los caracteres. Formáronse grupos, y aquello parecía un salón de buena sociedad en que las jóvenes y las mujeres, casadas van ofreciendo á los convidados después de la comida, los auxilios que el café, los licores y el azúcar prestan á los gastrónomos que luchan con una digestión recalcitrante. Pero muy luego resonaron las risas, creció el murmullo y se elevaron las voces. La orgía, domada un momento, amenazó por intervalos con despertarse. Semejantes alternativas de silencio y de ruido tenían cierto vago parecido con una sinfonía de Beethoven.

Sentados en un blando diván, Emilio y Rafael vieron de pronto que se acercaba á ellos una joven alta y bien proporcionada, de soberbio porte, fisonomía bastante regular, pero perspicaz, impetuosa y que sorprendía el alma con vigorosos contrastes. Su cabellera negra, lascivamente rizada, parecía haber soportado ya las luchas del amor, y caía en ligeros mechones sobre sus anchos hombros que ofrecían al deseo risueñas perspectivas. Largos bucles circundaban un cuello majestuoso en el cual se deslizaba la luz por momentos revelando la morbidez de los más bonitos contornos. La piel, de un blanco mate, hacía resaltar los tonos calientes y animados de sus vivos colores. Los ojos, provistos de largas pestañas, despedían llamas atrevidas, chispas de amor. La boca, roja, húmeda, entreabierta, pedía besos. Era una joven de talle robusto, pero amorosamente elástico; su seno, sus brazos, estaban ampliamente desarrollados, como los de las hermosas figuras de Carraccio; sin embargo, parecía ligera, flexible, y su vigor delataba la agilidad de una pantera, así como la varonil

elegancia de sus formas prometía inusitadas voluptuosidades. Aunque aquella joven debía saber reír y jugar, sus ojos y su sonrisa asustaban la imaginación. Parecida á aquellas profetisas agitadas por un demonio, más bien admiraba que gustaba. Todas las expresiones pasaban en masa y como relámpagos por su movable rostro. Quizás habría entusiasmado á personas hastiadas, pero un joven la hubiera temido. Era una estatua colosal caída desde lo alto de algún templo griego, sublime á alguna distancia, pero tosca vista de cerca. Sin embargo, su fulgurante belleza debía despertar á los impotentes, su voz encantar á los sordos, sus miradas reanimar vetustas osamentas; por eso Emilio la comparó vagamente á una tragedia de Shakespeare, especie de arabesco admirable en que la alegría aúlla, el amor tiene algo de salvaje, la magia de la gracia y el fuego de la felicidad suceden á los sangrientos tumultos de la cólera; monstruo que sabe morder y acariciar; reír como un demonio, llorar como los ángeles, improvisar en un solo abrazo todas las seducciones de la mujer, excepto los suspiros de la melancolía y las inefables modestias de una virgen; y luego, en un momento, rugir, rasgarse las carnes, hacer pedazos su pasión; su amante, y por fin, destruirse á sí misma como á sí propio se destruye un pueblo amotinado. Ostentando un vestido de terciopelo encarnado, hollaba con pie indiferente algunas flores caídas de la cabeza de sus compañeras, y con mano desdenosa presentaba á los dos amigos una bandeja de plata. Orgullosa de su belleza, y quizás de sus vicios, mostraba un brazo blanco que se destacaba vivamente sobre el terciopelo. Estaba allí cual la reina del placer, como una imagen de la alegría

humana, de esa alegría que disipa los tesoros acumulados por tres generaciones, que ríe sobre cadáveres, se mofa de los antepasados, disuelve perlas y tronos, transforma los jóvenes en ancianos, y con frecuencia los ancianos en jóvenes; de esa alegría tan sólo permitida á los gigantes cansados del poder, trabajados por el pensamiento, ó para los cuales la guerra es ya cosa de juego.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó Rafael.

—Aquilina.

—¡Oh, oh! Vienes de "Venecia salvada"—prorrumpió Emilio.

—Sí—contestó la joven.—Así como los papas toman nombres nuevos al ascender sobre todos los hombres, yo he tomado otro al elevarme sobre todas las mujeres.

—¿Y tienes, como tu patrona, un noble y terrible conspirador que te ame y sepa morir por tí?—preguntó vivamente Emilio, despertado por aquella apariencia de poesía.

—Lo he tenido; pero la guillotina ha sido mi rival. Por eso me pongo siempre algunas prendas encarnadas en mi traje, para que mi alegría no vaya muy allá.

—¡Oh! Si la dejáis referir la historia de los cuatro sargentos de la Rochela, será cuento de nunca acabar. Cállate, pues, Aquilina. No todas las mujeres tienen un amante á quien llorar; pero tampoco tienen todas como tú la satisfacción de haberlo perdido en un cadalso. Yo preferiría saber que el mío estaba tendido en una fosa en Clamart, más bien que en el lecho de una rival.

Estas frases fueron pronunciadas con voz dulce y melodiosa por la más inocente, más linda y más gen-

til criatura de cuantas hayan salido de un huevo encantado al golpe de la varita de una hada. Habíase acercado muy quedito, y su presencia se reveló por el sonido de sus palabras. Tenía un rostro delicado, lo mismo que su cuerpo, ojos azules admirables de modestia y frente pura y lozana. Una náyade ingenua que se escapa de su fuente, no es más blanca, tímida y candorosa que aquella joven que parecía tener dieciséis años, desconocer el mal, ignorar el amor, no conocer las tempestades de la vida, y venir de una iglesia donde acabara de rezar á los ángeles para conseguir prematuramente su llamada á los cielos. Solamente en París se encuentran esas mujeres de rostro cándido que esconden la depravación más profunda, los vicios más refinados, bajo una frente tan suave, tan tierna como la flor de una margarita. Emilio y Rafael, engañados al pronto por las celestiales promesas escritas en los atractivos de aquella joven, aceptaron el café que les sirvió en tazas traídas por Aquilina, y comenzaron á dirigirle preguntas. Ella acabó por transfigurar á los ojos de los dos poetas, por una siniestra alegoría, no sé qué faz de la vida humana, oponiendo á la expresión ruda y apasionada de su impotente compañera el retrato de esa corrupción fría, voluptuosamente cruel, bastante aturrida para cometer un crimen y sobrado fuerte para reirse de él; especie de demonio sin corazón que castiga á las almas cándidas y tiernas por sentir las emociones de que está privado, que tiene siempre una mueca de amor por vender, lágrimas para el entierro de su víctima, y júbilo por la noche para leer su testamento. Un poeta habría admirado á la hermosa Aquilina; el mundo entero debía huir de la atractiva Eufrosia: la una

era el alma del vicio, la otra el vicio sin alma.

—Quisiera saber—dijo Emilio á aquella linda criatura—si alguna vez piensas en el porvenir.

—¿El porvenir?—contestó riendo.—¿A qué llama usted porvenir? ¿Por qué he de pensar en lo que no existe todavía? Yo no miro jamás ni adelante ni atrás; demasiado hago con ocuparme de un día. Además, conocemos perfectamente el porvenir: es el hospital.

—Y ¿cómo puedes ver desde aquí el hospital y no evitar el ir á parar á él?—preguntó Rafael.

—¿Qué tiene de espantable el hospital?—dijo la terrible Aquilina.—Cuando no somos madres ni esposas, cuando la vejez nos pone medias negras en las piernas y arrugas en la frente, cuando marchita todo lo femenino que hay en nosotras y seca el gozo en las miradas de nuestros amigos, ¿de qué podemos tener necesidad? Entonces ya no veis en nosotras, de todas nuestras galas, más que el lodo primitivo, que anda en dos patas, frío, seco, descompuesto, con ruido de hojas secas. Las ropas más bonitas se convierten para vosotros en andrajos; el ámbar que perfumaba el tocador adquiere olor de muerte y huele á esqueleto; además, si en ese lodo se encuentra un corazón, todos lo insultáis y ni siquiera nos permitís un recuerdo. Así, pues, ya nos encontraremos en esa época de la vida en un rico palacio cuidando perros, ó en un hospital separando guñapos, ¿no es exactamente la misma nuestra existencia? Ocultar nuestras canas bajo un pañuelo de cuadros encarnados y azules ó bajo encajes, barrer las calles con escobas ó las escaleras de las Tullerías con raso, estar sentadas junto á doradas chimeneas ó calentarnos al rescoldo de una cazuela encarnada, asistir al espectáculo

lo de la Greve ó á la función de la Opera, ¿media en todo ello tanta diferencia?

—Aquilina mía, jamás has tenido tanta razón en medio de tus desesperaciones—dijo Eufrasia.—Sí, las cachemiras, las blondas, los perfumes, el oro, la seda, el lujo, todo lo que brilla, todo lo que agrada, sólo sienta bien á la juventud. Únicamente el tiempo puede poner coto á nuestras locuras pero la dicha nos absuelve. ¿Os reís de lo que digo?—preguntó lanzando una mirada venenosa á los dos amigos.—¿No tengo razón? Prefiero morir de placer que de enfermedad. No tengo la manía de la perpetuidad ni gran respeto á la especie humana al ver lo que Dios hace de ella. Dadme millones, y los comeré; no quisiera guardar un céntimo para el año próximo. Vivir para agradar y reinar, tal es la sentencia que pronuncia cada latido de mi corazón. La sociedad me lo aprueba; ¿acaso no me provee sin cesar de lo necesario para mis disipaciones? ¿Por qué Dios me proporciona todas las mañanas la renta de lo que gasto todas las noches? ¿Por qué nos construís hospitales? Como él no nos ha puesto entre el bien y el mal para escoger lo que nos mortifica ó nos aburre, sería muy necia en no divertirme.

—¿Y los demás?—dijo Emilio.

—¿Los demás? Que se arreglen. Prefiero reirme de sus sufrimientos que llorar por los míos. Desafío á cualquier hombre á que me cause la menor pena.

—¿Qué has sufrido para pensar así?—dijo Rafael.

—Me han abandonado por una herencia—dijo tomando una actitud que hizo resaltar todas sus seducciones.—Y sin embargo, yo trabajaba día y noche para mantener á mi amante. No quiero ser juguete de nin-

guna sonrisa, de ninguna promesa, y me propongo hacer de mi vida una larga partida de recreo.

—Pero ¿la felicidad no procede del alma?—exclamó Rafael.

—¿Y qué?—repuso Aquilina.—¿No significa nada verse admirada, adulada, triunfar de todas las mujeres, hasta de las más virtuosas, abrumándolas con nuestra belleza, con nuestra riqueza? Fuera de esto, vimos en un solo día más que una buena burguesa en diez años, con lo cual está dicho todo.

—¿No te parece odiosa una mujer sin virtud?—dijo Emilio á Rafael.

Eufrasia les lanzó una mirada de víbora, y respondió con inimitable acento de ironía:

—¡La virtud! La dejamos para las feas y las torbadas. ¿Qué serían sin eso las pobres mujeres?

—Cáyate—le dijo Emilio:—no hables de lo que no conoces.

—¡Que no la conozco!—replicó Eufrasia.—Entre-garse por toda la vida á un ser detestado, saber criar hijos que nos abandonan y tener que darles las gracias cuando nos hieren en el corazón; esas son las virtudes que exigís á la mujer, y además, en recompensa de su abnegación, le imponéis sufrimientos procurando seducirla, y si resiste la comprometéis. ¡Bonita vida! Preferible es conservar la libertad, amar á los que nos gustan y morir jóvenes.

—¿No temes que llegue un día en que lo pagues muy caro?

—Pues bien: en lugar de mezclar mis placeres con sinsabores, dividiré mi vida en dos partes: una juven-

tud positivamente alegre, y no sé qué vejez incierta durante la cual padeceré á mi gusto.

—Esta no ha amado—dijo Aquilina con acento profundo.—Jamás ha andado mil leguas para ir á devorar con mil delicias una mirada y un desaire; no ha tenido pendiente su vida de un cabello, ni intentado dar de puñaladas á muchos hombres para salvar á su soberano, á su señor, á su Dios. Para ella, el amor era un gallardo coronel.

—¡Bah! ¡bah!—respondió Eufrasia.—El amor como el viento, que no sabemos de dónde viene. Además, si hubieras sido verdaderamente amada por un bestia, tendrías horror á los hombres de talento.

—El código nos prohíbe amar á las bestias,—dijo la arrogante Aquilina con acento irónico.

—Te creía más indulgente para los militares,—contestó Eufrasia riendo.

—¡Qué felices son en poder abdicar así su razón!—exclamó Rafael.

—¡Felices!—repitió Aquilina con sonrisa de lástima y de terror y echando á los dos amigos una mirada terrible.—¡Cómo se conoce que ignoráis lo que es verse condenada al placer con un muerto en el corazón!

Contemplar en aquel momento los salones era tener una vista anticipada del Pandemonio de Milton. Las llamas azuladas del ponche coloraban de infernales tintas los rostros de los que todavía podían beber. Insensatas danzas, animadas por una energía salvaje, excitaban risas y gritos que estallaban como las detonaciones de un fuego de artificio. El tocador y un salóncito sembrados de muertos y de moribundos, presentaban la imagen de un campo de batalla. La atmósfera estaba

caldeada de vino, de placeres y de palabras. La embriaguez, el amor, el olvido del mundo estaban en los corazones, en las caras, escritos en las alfombras, expresados por el desorden, y tendían sobre todas las miradas tenues velos que hacían ver en el aire vapores emriagadores. Habíase levantado, como en las bandas luminosas trazadas por un rayo de sol, un polvillo brillante á través del cual se agitaban las formas más caprichosas, las luchas más grotescas. Acá y allá, algunos grupos de figuras enlazadas se confundían con los mármoles blancos, nobles obras maestras de escultura que adornaban los aposentos. Aunque los dos amigos conservaban todavía una especie de lucidez engañosa en las ideas y en sus órganos, un postrer sacudimiento, simulacro imperfecto de la vida, les era imposible conocer todo cuanto había de real en las extrañas fantasías, de posible en los cuadros sobrenaturales que pasaban de continuo por delante de sus fatigados ojos. El cielo sofocante de nuestros sueños, la suavidad ardiente que presentan los rostros en nuestras visiones, especialmente cierta agilidad cargada de cadenas, y finalmente los fenómenos más inusitados del sueño, los asaltaban tan vivamente, que tomaron los escarceos de aquel desorden por caprichos de una pesadilla en que el movimiento carece de ruido y el oído no percibe los estrépitos. En aquel momento, un criado de confianza logró á fuerza de trabajo, atraer á su amo á la antesala, y le dijo al oído:

—Señor, todos los vecinos están asomados á las ventanas y se quejan de este escándalo.

—Si les molesta el ruido, que pongan paja delante de sus puertas,—contestó Taillefer.

De pronto, Rafael soltó una carejada tan brusca-mente intempestiva que su amigo le pidió la explicación de aquella alegría brutal.

—Difícilmente me comprenderías—contestó.—Ante todo debo confesarte que me habéis detenido en el muelle Voltaire en el momento en que iba á arrojar-me al Sena, y sin duda querrás saber los motivos de mi muerte. Pero cuando añada que por un azar casi fabu-oso, acababan entences de reunirse á mis ojos las rui-nas del mundo material mediante una tradición simbó-lica de la sabiduría humana; mientras que en este mo-mento las reliquias de todos los tesoros intelectuales que hemos saqueado en la mesa convergen en esas dos mujeres, imágenes vivas y originales de la locura, y que nuestra profunda indiferencia de los hombres y de las cosas ha servido de transición á los cuadros vigorosa-mente coloridos de dos sistemas de existencia tan dia-metralmente opuestos, ¿quedarás por eso más entera-do? Si no estuvieras borracho, verías tal vez en ello un tratado de filosofía.

—Y si no tuvieras los dos pies sobre esta encantado-ra Aquilina cuyos ronquidos tienen cierta analogía con el bramido de una tempestad pronta á estallar—repuso Emilio que á su vez se entretenía en enrollar y desen-rollar los cabellos de Eufrasia sin tener casi concien-cia de tan inocente ocupación.—te avergonzarías de tu embriaguez y de tu charla. Tus dos sistemas pueden quedar comprendidos en una frase y reducirse á una idea. La vida sencilla y mecánica conduce á cierta sa-biduría insensata ahogando nuestra inteligencia con el trabajo, mientras que la vida pasada en el vacío de las abstracciones ó en el abismo del mundo moral condu-

ce á cierta loca sabiduría. En una palabra, matar los sentimientos para vivir viejos, ó morir jóvenes aceptan-do el martirio de las pasiones, tal es nuestra sentencia. Y aun así y todo, esta sentencia lucha con los tempe-ramentos que nos ha dado el pícaro chancero á quien debemos el patrón de todas las criaturas.

—¡Ah necio!—exclamó Rafael, interrumpiéndole.— ¡Continúa compendiándote á ti mismo de ese modo, y formarás volúmenes! Si ya hubiese tenido la preten-sión de formular propiamente esas dos ideas, te ha-dría dicho que el hombre se corrompe por el ejercicio de la razón, y se purifica por la ignorancia. Eso es pro-cesar á las sociedades! Pero ya vivamos con los sabios ó perezamos con los locos, ¿el resultado no viene á ser, temprano ó tarde, el mismo? Por eso, el gran abs-tractor de quinta esencia expresó en otro tiempo am-bos sistemas en dos palabras: “Carymary,” “Caryma-ra.”

—Me haces dudar del poder de Dios, porque eres más necio que el poderoso—replicó Emilio.—Nuestro querido Rabelais ha resuelto esta filosofía con una pa-labra más breve que “Carymary,” “Carymara;” esta palabra es “Quizás,” de la cual Montaigne sacó su “¿Qué sé yo?” Y aun estas últimas palabras de la cien-cia social casi no son más que la exclamación de Pyrrhon que se quedó entre el bien y el mal, como el asno de Buridán entre dos piensos. Pero dejemos aquí esa eterna disensión que hoy queda reducida á “sí” y “no.” ¿Qué experimento querías hacer arrojándote al Sena? ¿Tenías envidia de la máquina hidráulica del puente de Nuestra Señora?

—¡Ah! ¡Si supieras mi historia!

—Chico, no te creía tan vulgar: la frase está ya gastada. ¿No sabes que todos tenemos la pretensión de padecer más que los otros?

—¡Ah!—exclamó Rafael.

—Estás gracioso con tus “¡ah!” Dime. ¿Padeces alguna enfermedad de cuerpo ó alma que te obligue todas las mañanas á plegar, mediante una contracción de músculos, los caballos que han de descuartizarte por la noche, como lo hizo en otro tiempo Damiéns? ¿Te has comido tu perro crudo, sin sal, en tu buhardilla? ¿Te han dicho alguna vez tus hijos: Tengo hambre? ¿Has vendido la cabellera de tu querida para ir á jugar? ¿Has ido alguna vez á pagar á un domicilio falso una letra de cambio falsa, girada contra un tío falso, con temor de llegar demasiado tarde? Oyeme. Si querías arrojarte al agua por una mujer, por un protesto, ó por tedio, reniego de tí. Confiéstate, no mientas; no te pido memorias históricas. Sobre todo, sé tan breve como te lo permita tu borrachera; soy exigente como un lector, y estoy á punto de dormirme como mujer que lee su libro de devociones.

—¡Pobre necio!—dijo Rafael.—¿De cuándo acá no están los dolores en razón de la sensibilidad? Cuando lleguemos al estado de ciencia que nos permita hacer una historia natural de los corazones, darles nombres, clasificarlos en géneros, subgéneros y familias, en crustáceos, fósiles, saurios, microscópicos y qué sé yo qué más, entonces, amigo mío, quedará probado que los hay tiernos y delicados como flores, y que como ellas deben romperse por ligeros roces á los cuales ni siquiera son sensibles ciertos corazones minerales.

—¡Por favor! Ahórrame el prefacio—dijo Emilio

con aire semirrisueño, semicompasivo, cogiendo la mano de Rafael.

LA MUJER SIN CORAZON

Después de permanecer un rato callado, Rafael dijo haciendo un ademán de negligencia:

—No sé, á decir verdad, si debo atribuir á los vapores del vino ó del ponche la especie de lucidez que me permite abarcar en este momento toda mi vida como un solo cuadro en que las figuras, los colores, las sombras, las luces y las medias tintas están fielmente marcadas. No me extrañaría este juego poético de mi imaginación si no estuviese acompañado de una especie de desdén por mis padecimientos y mis alegrías pasadas. Mi vida, vista á cierta distancia, aparece como circunscrita por un fenómeno moral. El prolongado y lento dolor que ha durado diez años puede reproducirse hoy por algunas frases en las cuales el dolor no será ya más que un pensamiento y el placer una reflexión filosófica. Juzgo en lugar de sentir....

—Estás fastidioso como una enmienda que se desarrolla—dijo Emilio.

—Es posible—contestó Rafael sin ofenderse.—Por eso y á fin de no abusar de tu atención, te haré gracia de los diez y siete primeros años de mi vida. Hasta entonces viví como tú y como otros mil esa vida de colegio ó de liceo, en que las desgracias ficticias y las alegrías reales forman las delicias de nuestro recuerdo; esa vida